

JOHN HENRY NEWMAN

Carta a Pusey

La devoción a la Virgen María en la tradición de la Iglesia



100XUNO



Carta a Pusey

100XUNO

John Henry Newman

Carta a Pusey

La devoción a la Virgen María
en la tradición de la Iglesia

Introducción, traducción y notas de Rubén Peretó Rivas



Título en idioma original:

A Letter to the Rev. E. B. Pusey, D.D. on his Recent Eirenicon

Edición original de Longmans, Green & co., Nueva York, 1898

(la carta aparece en el segundo volumen de

Certain Difficulties felt by Anglicans in the Catholic Teaching)

© Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2022

Imagen de cubierta: la Virgen María con Jesús en su regazo,
mosaico de la Basílica de Santa Sofía

Traducción, introducción y notas de Rubén Peretó Rivas

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección 100XUNO, n° 106

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Anzos-Madrid

ISBN: 978-84-1339-116-8

Depósito Legal: M-18373-2022

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

Introducción.....	7
Quién fue John Henry Newman.....	8
El contexto de la <i>Carta a Pusey</i>	14
La mariología de Newman en la <i>Carta a Pusey</i>	21
Sobre esta traducción.....	31
CARTA AL REV. E. B. PUSEY, D. D. SOBRE SU RECIENTE <i>EIRENICON</i>	33
I. Observaciones preliminares.....	35
II. Observaciones sobre varias afirmaciones del <i>Eirenicon</i>	43
III. La fe de los católicos sobre la Santísima Virgen como diferente de su devoción a ella.....	59
La enseñanza de la Antigüedad sobre María	63
Su dignidad	80
La <i>Theotokos</i> según la Antigüedad.....	89
Su poder de intercesión	94
IV. La fe de los católicos sobre la Santísima Virgen, embellecida por su devoción a ella	101

V. Malentendidos de los anglicanos y excesos de los católicos en la devoción a la Santísima Virgen.....	111
Nota anexa I	137
Nota anexa II.....	139
Nota anexa III	141
I.....	142
II.....	148
III.....	151
IV.....	153
V	155
VI.....	156
Nota anexa IV	161
Nota anexa V	171

INTRODUCCIÓN

En las últimas décadas, la figura de John Henry Newman ha comenzado a tener su justa apreciación en el mundo de lengua española, a través de excelentes traducciones de la mayor parte de su obra y de estudios sobre su pensamiento aparecidos en diversos medios bibliográficos. Es visto ya no solamente como un teólogo que aportó a la Iglesia nuevas ideas a partir de la sistematización de contenidos perennes que forman parte de la Tradición, tales como el concepto del desarrollo orgánico de la doctrina o el rol de los laicos en la vida eclesial, sino también como maestro de la vida espiritual. Para muchos de quienes se acercan a sus escritos, particularmente aquellos de carácter pastoral y humano, como sus *Sermones* o incluso sus *Cartas y Diarios*, Newman se delinea como un referente en el modo no solamente de entender, sino de vivir la fe católica. Una de sus particularidades justamente, es la de amalgamar la profundidad teológica con el aspecto más humano y existencial de la fe que esa misma teología expresa. Como escribía Louis Bouyer, Newman «desarrolla siempre su enseñanza dogmática no como abstracciones sino en correspondencia con la vida misma, como inspiraciones de esa vida»¹.

Cuando Mary, su hermana menor, le preguntó por qué le parecían tan importantes los Padres de la Iglesia, Newman respondió que porque poseían y expresaban un conocimiento de primera mano de los

¹ Louis Bouyer, «Newman y su actualidad», en *Newmaniana* 4 (1992), 7.

objetos de la Palabra de Dios. Y por eso, para él como para los Padres, la teología y la espiritualidad no son cosas diferentes que transcurren por caminos o vías diversas, sino que son dos caras distintas pero complementarias de una misma realidad. Y ambos aspectos, su conocimiento de los Padres y su espiritualidad, quedan de manifiesto en la *Carta a Pusey* y se orientan a demostrar la legitimidad del culto a la Virgen María y su devoción por parte de los católicos.

QUIÉN FUE JOHN HENRY NEWMAN

Sin duda alguna, Newman fue uno de los intelectuales más importantes y reconocidos del siglo XIX, no solamente de Inglaterra sino de todo el mundo occidental. Un hombre de genio y, además, un hombre noble que estuvo dispuesto a sufrir por sus convicciones. Intensamente seguido y amado por algunos, fue igualmente odiado y perseguido por otros. Porque nadie podía permanecer indiferente ante él.

Nació en Londres el 21 de febrero de 1801, y murió en Birmingham el 11 de agosto de 1890, cubriendo su vida casi la totalidad del siglo XIX. El mayor de seis hermanos, su familia era anglicana, pero de un anglicanismo de tendencia protestante cuyas prácticas religiosas consistían fundamentalmente en la lectura de la Biblia. Y si bien estas lecturas y conocimiento hicieron de él un niño religioso, a los quince años sufrió una crisis de fe que lo llevó a querer ser un caballero educado y gentil, pero no una persona religiosa y devota. Y aparecieron incluso dudas de la existencia de Dios, motivadas por las lecturas de ciertos libros, que años más tarde lo llevarían a exclamar: «¡Qué tremendo, pero es lo más probable»².

Esta situación, sin embargo, desapareció por un hecho fortuito. En 1816 enfermó y debió permanecer varias semanas en cama. Para

² John Henry Newman, *Apologia pro vita sua*, Introducción, traducción y notas de Víctor García Ruiz y José Morales, Encuentro, Madrid 2019, 54.

aliviar su aburrimiento, un clérigo piadoso le dejó un buen número de libros religiosos. Y fue esta la ocasión de un profundo cambio de opinión, una suerte de «primera conversión», porque a lo largo de su vida habrá varias más. Newman siempre consideró este hecho como de las gracias más importantes que recibió en su vida, y la describirá como una conciencia profunda de la presencia de Dios que lo hizo desconfiar de los fenómenos materiales y prestar una permanente atención al «mundo invisible». Esta conversión implicó su aceptación plena y de corazón de la religión cristiana. Y de ese modo, comenzó a ver con mayor profundidad la importancia de los dogmas centrales del cristianismo, tales como la Encarnación de la Segunda Persona de la Trinidad, la redención de Cristo, el don del Espíritu Santo y otros más. Como afirma Dassain, este fue el primer punto de inflexión de su vida: su mente juvenil fue capturada por la verdad de la revelación cristiana, y su corazón fue tocado por el ideal escriturario de la santidad³. Se dio cuenta de que la perfección cristiana no consiste solamente en una teoría intelectual, sino que se manifiesta en la práctica diaria.

Por eso se entiende que una de las frases que guio su vida fue: «La santidad antes que la paz»⁴. Y con el paso de los años descubrió que no era un principio fácil de sostener, sino que en ciertas circunstancias le causaba un profundo sufrimiento. Si hubiese preferido la paz, su vida habría sido más sencilla y se habría evitado muchos sinsabores y muchos enemigos. Pero no lo hizo. Prefirió mantenerse fiel a sus principios, a aquella santidad que había vislumbrado en su adolescencia y a la que perseguirá hasta su muerte.

Otros de los principios que mantuvo a lo largo de su vida es del desarrollo. Decía: «El crecimiento es la única evidencia de la vida»⁵. Todo lo que está vivo debe crecer y desarrollarse; cuando este proceso se detiene, la vida misma comienza a apagarse. Y lo mismo ocurre

³ Cf. Charles Stephens Dessain, «Newman's First Conversion. A great change of thought. August 1st till December 21st 1816», en *Newman Studien* 3 (1957), 37-53.

⁴ *Apologia*, 57.

⁵ *Ib.*

con las grandes ideas y con la verdad: ambas permanecen siendo lo que siempre fueron, pero están vivas cuando crecen y se desarrollan junto al hombre que las abraza. Lo que es verdadero hoy, no puede ser falso mañana. Este principio le ayudó algunas décadas más tarde a comprender la posición de la Iglesia católica romana.

A los dieciséis años ingresó al Trinity College de la Universidad de Oxford, uno de los más prestigiosos en esos momentos, donde se destacó por su sobresaliente inteligencia, y algunos años más tarde, cuando contaba con veintiuno, fue elegido *fellow* de Oriel College. Decidió ordenarse clérigo y optar por la vida célibe, y en 1825 recibió las órdenes en la iglesia de Inglaterra. A lo largo de su vida se caracterizó por el celo y empeño que mostró como pastor, primero en una parroquia de la periferia y luego, como párroco (*vicar*) de St. Mary the Virgin, la iglesia universitaria de Oxford. Y fue desde el púlpito de ella que, durante quince años, predicó sus sermones ejerciendo con ellos una enorme influencia en toda la iglesia anglicana. Como predicador, intentaba despertar a sus oyentes a una conciencia más profunda de su condición de cristianos y a una práctica más consistente de la fe del evangelio⁶. Uno de ellos, Charles W. Furse, escribía: «En cuanto al efecto inmediato de escucharlos [a los sermones], era como si Newman me practicara la vivisección. [...] Te sentabas, y era todo el tiempo el Buen Samaritano derramando vino en tus heridas —siempre el vino primero, luego el aceite [...]. En más de una ocasión, tras un sermón así fui incapaz de entrar en el *Hall* y me quedé sin cenar»⁷.

En esos años, en los que tenía una actividad docente muy reducida, comenzó una lectura sistemática de las obras de los Padres de la Iglesia y, a medida que avanzaba en este estudio, comenzó también a sentirse insatisfecho por el estado espiritual en que se encontraba

⁶ Cf. Philip Boyce, *Mary: The Virgin Mary in the life and writings of John Henry Newman*, Leominster Grand Rapids, Mich., W.B. Eerdmans Pub, Gracewing Pub, 2001, 8.

⁷ John Henry Newman, *Letter and Diaries* 32, Oxford University Press, Oxford 1978, 559.

la iglesia de Inglaterra. Fue en ese momento cuando viajó con unos amigos a Italia, y luego siguió solo su periplo por Sicilia. Allí cayó gravemente enfermo, y se temió por su vida. Sin embargo, en medio de la angustia, adquirió el firme convencimiento de que no moriría, y repetía su conocida sentencia: «No he pecado contra la luz». Recuperado, regresó a Inglaterra persuadido de que Dios tenía preparado para él un trabajo que realizar, el cual sería, claro, el *Movimiento de Oxford*, al que definió como un retorno «a la antigua religión, que se ha casi desvanecido de la tierra, y que debe ser restaurada»⁸.

Newman concibe, dentro del *Movimiento de Oxford*, la *via media*, entendiendo por tal el puesto de la iglesia anglicana como camino medio entre los errores del protestantismo y las exageraciones y corrupciones de Roma. Sin embargo, pronto cae en la cuenta de que lo suyo no es más que una ilusión. La lectura de los Padres, especialmente de san Agustín, lo convenció de que la Iglesia de Roma era la legítima sucesora de la Iglesia de los apóstoles y del cristianismo primitivo. Adoptando una postura sincera — «la santidad antes que la paz» —, renuncia a sus prestigiosos y relumbrantes cargos en Oxford, y se retira a Littlemore, un pequeño poblado de las cercanías, donde transcurrió tres años de estudio y oración en una vida cuasi monástica, junto a un grupo de amigos que lo habían seguido en su alejamiento de la iglesia oficial. Este retiro le permitió sortear la última de las dificultades que le impedía ingresar a la Iglesia romana, y que consistía en algunas doctrinas que eran sostenidas por ella y que, en principio, no veía él que estuvieran contenidas en las enseñanzas del cristianismo primitivo. Y formula entonces uno de los principios más importantes por el cuales será conocido dentro del ámbito teológico, y me refiero al principio del desarrollo genuino del dogma: las enseñanzas de la Iglesia de Roma de los últimos siglos eran el crecimiento legítimo y vital de las doctrinas que habían sido enseñadas por los

⁸ Cf. P. Bellia, Rosario La Delfa, y Alessandro Magno (eds.), *Luce nella solitudine: viaggio e crisi di Newman in Sicilia*, 1833, Studi e ricerche, Editrice I.L.A. Palma, Palermo 1989, 51-72.

apóstoles y aceptadas como parte de la fe en los primeros siglos. Los fundamentos teológicos de esta doctrina están desarrollados en su conocida obra: *Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana*⁹.

Convencido de que la Iglesia católica era la Iglesia de los Padres y la verdadera Iglesia de Cristo, la única opción posible que le quedaba era unirse a ella. Difícilmente podamos imaginar el enorme sacrificio que eso significaba: abandonar y ser abandonado por la gente que amaba, causar una gran decepción y escándalo a los amigos que lo habían seguido, y el rechazo de la iglesia de Inglaterra a la cual había pertenecido desde su nacimiento. Sin embargo, y a pesar de todas estas dificultades, el 9 de octubre de 1845 fue recibido en la Iglesia católica por el beato Domingo Barbieri, un pasionista italiano que era misionero en Inglaterra.

Newman sintetiza la experiencia con estas palabras: «Sentía como si hubiera llegado a un puerto después de una galerna»¹⁰. El Dr. Wiseman, por entonces obispo en Inglaterra, lo animó a que estudiara teología católica y se ordenara sacerdote. Y así lo hizo, en el colegio de Propaganda Fide de Roma, en cuya capilla, en la fiesta de la Trinidad, 30 de mayo de 1847, fue ordenado sacerdote. Enseguida ingresó al noviciado de la Congregación del Oratorio, que consideraba la más adecuada para él y para llevar su vida de sacerdote católico en Inglaterra. Y así, fundó en Birmingham el primer oratorio inglés de san Felipe Neri, en 1848. En esta ciudad industrial, que atraía a numerosos inmigrantes irlandeses católicos, desarrolló su primera labor pastoral. Luego, y a pedido de los obispos de Irlanda, fue designado fundador y primer rector de la universidad católica de ese país, en Dublín. Después de cinco años de permanecer en esa ciudad, el proyecto fracasó. Sus ideas acerca de qué debía ser una universidad y qué clase de hombres debía formar, no coincidía con

⁹ John Henry Newman, *Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana*, traducción de Ramón Piñero Mariño, Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 1997.

¹⁰ *Apologia*, 289.

las aspiraciones de los prelados irlandeses. Mientras él quería educar caballeros cristianos y laicos educados, «hombres del mundo y para el mundo» guiados por la luz de la fe, los obispos querían más bien una suerte de seminario para la formación de clérigos y de laicos clericalizados.

Newman tuvo que atravesar varios años de sospecha y persecución por parte de integrantes, algunos de ellos muy importantes, de la Iglesia católica. Esto significó una cruz muy pesada y, cuando se extendió el rumor de que se había arrepentido de su conversión y había decidido volver a la iglesia de Inglaterra, se vio obligado por su propia sinceridad y como modo de dejar bien claro los aspectos transcendentales de su vida, a escribir en 1864 la *Apologia pro vita sua*, un clásico de las autobiografías cuyo éxito le ganó el respeto entre católicos y protestantes. Pocos años después, en 1870, publicó otro de sus clásicos: *La gramática del asentimiento*, en el que analiza filosóficamente el acto del asentimiento del espíritu humano a la verdad revelada.

Los últimos veinte años de su vida fueron más tranquilos y reposados, y los pasó fundamentalmente en el Oratorio de Birmingham, dedicado a su actividad intelectual que dará como fruto 80 volúmenes y 20.000 cartas. No es de extrañar que en 1877 fuera nombrado *Honorary Fellow* de Trinity College, Oxford, y en 1879, el papa León XIII lo creará cardenal. Ambos reconocimientos, por parte de la universidad en la que se formó y por la que tanto hizo, y de la Iglesia, a la que tanto amó y que tantos disgustos le había ocasionado, fueron la justa reparación que la Providencia había preparado a sus anteriores cruces y desvelos. Y por eso pudo escribir a un amigo: «Siempre he tratado de dejar mi causa en las manos de Dios y de tener paciencia. Y él no me ha olvidado»¹¹.

John Henry Newman murió en el Oratorio de Birmingham el 11 de agosto de 1890.

¹¹ LD 29, 72.

EL CONTEXTO DE LA CARTA A PUSEY

La *Carta a Pusey* es un breve tratado que escribió John Henry Newman en 1865, en forma de carta, dirigido a su amigo Edward Pusey en respuesta a un largo volumen escrito por este y titulado *Eirenicon*¹².

Tanto el *Eirenicon* de Pusey como la *Carta* de Newman deben ser comprendidos dentro de la situación de desazón que provocó entre los anglicanos, y también entre muchos católicos, la definición del dogma de la Inmaculada Concepción por parte de Pío IX en 1854. Muchas de las críticas que recibió esa decisión venían, como el mismo Newman lo dice en su carta, de la incompreensión acerca de lo que verdaderamente significaba que la Virgen María había sido concebida sin mancha de pecado original. Otras críticas surgían de los prejuicios y reservas que había hacia la sede romana que, ahora, se adjudicaba el derecho de proclamar dogmas de fe. Hay que tener en cuenta que el dogma de la infalibilidad pontificia no había sido aún declarado y que, hasta ese momento las pocas definiciones dogmáticas habían surgido de los concilios ecuménicos, pero no como iniciativa privada de los papas, que ahora lo hacían «en virtud de la autoridad de los Santos apóstoles Pedro y Pablo y en nuestra propia autoridad». Es decir, el papa de Roma usaba todo el peso de su autoridad para sujetar la conciencia de los fieles a un punto particular de la doctrina. Las dificultades de los anglicanos, y aún de los llamados *anglocatólicos*, como Edward Pusey o John Keble, eran comprensibles. Para muchos de ellos no se trataba de objeciones acerca de la doctrina misma, a la que consideraban respetable y eran conscientes que desde hacía siglos existía en la Iglesia católica, sino que objetaban el hecho de que una opinión teológica, como era efectivamente la Inmaculada Concepción hasta ese momento, se convirtiera en dogma de fe.

Se trataba, insistimos, de una práctica completamente desacostumbrada en la Iglesia romana. El mismo Concilio de Trento

¹² *Eirenicon* quiere decir «por la paz». Edward Bouverie Pusey, *An eirenicon: in a letter to the author of «The Christian year»*, John Henry and James Parker, Oxford 1865.

Carta a Pusey

John Henry Newman escribe este apasionado tratado breve a modo de respuesta a *Eirenicon*, un largo volumen escrito por su amigo Edward Pusey. Aquí el santo insiste en la legitimidad del puesto de María en la teología católica recurriendo a la fuente que sabía que su amigo no podría sino aceptar: la Patrística.

«Cuando Mary, su hermana menor, le preguntó por qué le parecían tan importantes los Padres de la Iglesia, Newman respondió que porque poseían y expresaban un conocimiento de primera mano de los objetos de la Palabra de Dios. Y por eso, para él como para los Padres, la teología y la espiritualidad no son cosas diferentes que transcurren por caminos o vías diversas, sino que son dos caras distintas pero complementarias de una misma realidad. Y ambos aspectos, su conocimiento de los Padres y su espiritualidad, quedan de manifiesto en la *Carta a Pusey* y se orientan a demostrar la legitimidad del culto a la Virgen María y su devoción por parte de los católicos» (de la Introducción de Rubén Peretó).



ISBN: 978-84-1339-116-8



9 788413 391168